

Bourdaloue, cuya vigorosa palabra podría competir con la de Pericles, Demóstenes y Cicerón.

En cuanto á la elocuencia moderna diremos, que aunque de muy distinto carácter que la Griega y la Romana, ha influido notablemente en la evolución social de las naciones actuales.

La elocuencia moderna dista mucho de la Griega y de la Latina, así como de la que floreció en la Edad Media; pues los usos, creencias é instituciones han experimentado una transformación completa.

Y la elocuencia, fiel intérprete del progreso ó decadencia de las naciones, tiene que transformarse á medida que el adelanto intelectual progresa.

En los tiempos modernos en que se estudian las leyes del raciocinio con tanto empeño, que en la mayoría de los casos el mismo sentimiento parece subordinarse á la rectitud del juicio, la elocuencia tiene que ser también mucho más lógica y razonada que la de los pueblos de la antigüedad.

Actualmente las Juntas deliberativas, el Senado, el Congreso, los Tribunales, etc., están constituídos por personas cultas é inteligentes, que más que por la moción de afectos, se les debe persuadir por la convicción.

Antiguamente, en las Asambleas, en el Senado y aun en los Tribunales, intervenía la multitud irreflexiva y turbulenta, que más se dejaba llevar por sus pasiones que por la reflexión.

Esto nos manifiesta, que tanto la invención artística como la literaria, deben variar según los tiempos, lugares y costumbres; pues todas las ideas y sentimientos que adquirimos, provienen siempre de las impresiones que hacen los objetos exteriores sobre nuestros sentidos, resultando de ahí, que nuestro pensamiento no puede girar sino sobre aquello que vemos, oímos, palpamos y sentimos.

De aquí la diversidad de caracteres, gustos, afectos y sentimientos que se notan en los diversos tiempos, lugares y países de la tierra.

Pues aun en la misma elocuencia antigua encontramos gran diferencia entre la Griega y la Romana.

Los griegos, más entusiastas, vehementes y apasionados, dotados de facultades artísticas muy superiores á las de los romanos, nos presentan una elocuencia que se distingue, más que por la corrección de la forma y melodía de las expresiones, por la sublimidad del sentimiento é incomparable energía de los pensamientos.

Los romanos, más reflexivos, graves y afectos á la solemnidad de las formas, nos presentan un género de elocuencia, que podría superar en la corrección y armoniosa robustez de los períodos á la elocuencia griega, pero nunca en la solidez y elevación artística que caracteriza á la literatura de los atenienses.

Siendo muy distintos los asuntos que pueden desenvolverse en la Oratoria por ser muy diversos los fines sociales á que tiende, se han dividido estas composiciones en géneros ó especies, que son variedades dentro de la unidad del arte.

Los antiguos distinguían en la Oratoria, los géneros deliberativo, demostrativo y judicial. El demostrativo tenía por objeto lo presente, pues trataba de alabar ó reprender, comprendiendo en este género los panegíricos ó elogios fúnebres; el deliberativo se refería á lo futuro, y su fin era que se hiciese ó dejase de hacer alguna cosa; y el judicial se refería á la demostración de la justicia, pues su misión era acusar ó defender. Modernamente también se ha dividido la Oratoria según el fin social á que tiende.

Dos fines esenciales hay que considerar: la sociedad y el hombre; el primero se refiere á las relaciones de los hombres entre sí y es el derecho; el segundo que se ocupa de los deberes del individuo para consigo mismo, atendiendo á su religión y á los sentimientos que predominan en la naturaleza humana,

La Religión y el Derecho, son pues, los dos polos sobre que gira la elocuencia moderna; pues que son las dos bases principales sobre que descansan las actuales sociedades.

Pero el Derecho debe considerarse como público y privado,

según que se refiere á la sociedad entera ó solamente al individuo.

Así es, que el Derecho puede considerarse ó constituyente ó constitutivo, según que formule las leyes ó las aplique. De aquí surgen los tres géneros fundamentales de la Oratoria: la política que concurre á la formación de las leyes y al gobierno de los pueblos; la forense ó judicial, cuya misión es procurar la recta aplicación de la ley; y la sagrada que se ocupa de la propagación de las verdades y sentimientos religiosos que deben regir las costumbres y conducta privada del individuo. Estas tres clases de composiciones son las que propiamente debemos comprender en la Oratoria, porque tienden al definitivo objeto de este arte, que no es otro que la persuasión.

Algunos autores incluyen en este género las composiciones que bajo la forma bella y atractiva de la Oratoria, dan á conocer algunas verdades científicas ó preceptos artísticos; tal es la Oratoria académica en la que el autor se propone instruir á su auditorio más que impresionarle.

Si nos fijamos en las tres clases de composiciones oratorias que hemos mencionado, forense, política y sagrada, notaremos que la Oratoria forense, teniendo por objeto la aplicación de una ley á un caso, determinado, es la más templada, reflexiva y grave, pues se reviste de formas casi didácticas; en estas composiciones pocas veces tiene lugar la moción de afectos, así es que la persuasión se debe procurar por la convicción solamente; por esta razón las composiciones que pertenecen á la Oratoria forense, parecen acercarse más á las obras didácticas.

Así como los discursos sagrados se acercan á las obras poéticas.

La Oratoria sagrada es la más bella por razón del sentimiento que en ella debe dominar: pues que excitando el sentimiento religioso, se vale de las formas más poéticas para presentarnos las maravillas de la creación, las grandezas y miserias del hombre y el noble fin para que fué creado; así es que el orador debe

dirigirse al sentimiento, impresionando enérgicamente la fantasía.

La elocuencia política es la que mejor caracteriza el género que nos ocupa, por razón de la variedad de asuntos que comprende y por la gran influencia que puede tener en el Gobierno ó instituciones de los pueblos. Por consiguiente es la que más dificultades presenta.

En la Oratoria política encontramos los más encarnizados combates de los partidos, las cuestiones más graves de cuya resolución depende la dignidad ó la vida de las naciones, es la que más transformaciones puede sufrir, según las épocas, el auditorio y las circunstancias. En esta elocuencia es donde más se ostenta el talento oratorio, pues en ella campea y vuela con mayor frecuencia, la encantadora inspiración del artista, el apasionado fuego del ardiente patricio y la sorprendente penetración del orador, así como la irresistible fuerza de su elocuencia.

Pues aunque menos ideal y poética que la sagrada y no tan severa y compasada como la forense, es más activa, más enérgica y más vehemente.

Siendo la elocuencia el idioma universal que habla al alma, á la razón y la fantasía, enseñoreándose de todas nuestras potencias y sentidos, porque no sólo tiene su origen en la cabeza sino también en el corazón, bien se comprende que debe entrar de lleno en el anchuroso campo de la Literatura, porque este estudio se refiere á todas las artísticas y bellas manifestaciones de nuestra alma.

Y aunque la poesía tiene por objeto único la expresión de la belleza, por lo que se considera como el verdadero arte literario, no cabe duda que en la Oratoria encontramos grandes elementos artísticos, porque en estas composiciones se ostenta todo el genio del poeta, del sabio, del filósofo y del literato.

Pues hemos visto que la Oratoria debe tener por fin principal la persuasión, valiéndose de la demostración de la verdad y el bien.

Esenciales bases sobre que descansa.

Pero la verdad y el bien tienen grandes elementos de belleza.

Además, al valerse el orador de estos elementos, tiene que presentarlos dignamente, es decir, debe buscar la novedad, belleza y galanura de las formas y primores del arte, para inculcar en el ánimo de sus oyentes las ideas que tiene por verdaderas y los sentimientos reputados como buenos para poder convencer al entendimiento y persuadir más fácilmente á la voluntad.

Todo esto nos demuestra cuan difícil es sobresalir en este interesante arte.

Cicerón decía que el orador, además de una sólida y basta instrucción, debería reunir en alto grado las cualidades del filósofo, del poeta y la de los grandes actores.

Así pues, la persona que se sienta con la hermosa facultad de la elocuencia, que estudie el corazón humano, que cultive y enriquezca su inteligencia, que se penetre del encumbrado papel que debe desempeñar como intérprete y defensor de la justicia, la verdad y el bien, y que se entregue á las inspiraciones de su genio y á los impulsos de su voluntad.

Ciertamente, que en vista de las prendas que debe reunir el buen orador, serán contados los que puedan ufanarse con tan honroso título.

Porque á muy pocos la naturaleza se digna conceder con mano pródiga, aquella fuerza pensante, aquella florida imaginación, aquella exquisita sensibilidad, aquella profunda convicción, aquella entereza de carácter, aquel delicado gusto, aquella oportuna espontaneidad, aquella voz soberana, cuyos requisitos constituyen la excelencia del talento oratorio.

Si á todo esto consideramos el gran caudal de conocimientos, la escuela práctica, y sobre todo, la honradez y probidad que deben distinguir al orador, no estaremos lejos de mirarle como un verdadero prodigio.

Grandioso é interesante es el papel del sabio, que afanándo-

se por descubrir y conocer las causas científicas, se complace en comunicar sus conocimientos enriqueciendo así nuestra inteligencia.

Bella y noble es la misión del poeta al sorprender é interpretar los sentimientos más recónditos y puros de nuestra alma, impresionándonos vivamente y haciendo vibrar las fibras más sensibles de nuestro corazón.

Pero la profesión del orador es un ministerio aun más encumbrado todavía, porque su objeto debe ser no sólo agrandar y conmover pasageramente, sino que debe penetrar en los ánimos para mover y cambiar las voluntades, para atraerlas á que obren ó dejen de obrar según las ideas que trate de inculcarles, elevándolos así al convencimiento y á la persuasión.

Así es, que ya abogue ante los tribunales á favor de la inocencia, ó fulmine contra el delincuente los rayos de la vindicta pública; ya en la tribuna defienda los intereses de los pueblos y el decoro nacional; ya predique en el púlpito la moral evangélica, ó bien derrame en la cátedra la luz de la enseñanza, su misión es ardua, importante y fecunda!

Ojalá que los hombres enriquecidos con las preciosas dotes de la elocuencia, no abusaran nunca de un arma tan noble y elevada!

Ojalá que supieran estimar en lo que vale el interesante papel que en la sociedad deben desempeñar como fieles y dignos representantes de las pasiones nobles y generosas que deben conducir al hombre á la verdadera felicidad, y que sólo puede encontrarse en la rectitud de conciencia!

Que se esforzaran en difundir el sentimiento más sublime que pueda existir. ¡El amor á la humanidad! el deseo del progreso de las naciones que sólo puede verificarse por el respeto del derecho, la aplicación recta de la justicia y el cumplimiento de todos los deberes que, como ciudadanos y como hombres, virtuosos deben cumplir en todas las esferas de la vida!

Porque el hombre es un ser inteligente y libre, que para ser digno de la estimación y respeto, no sólo de sus conciudadanos

nos sino de la humanidad entera, debe tender necesariamente á la Verdad, al Bien y á la Belleza.

Ideas que, aunque consideradas separadamente, son una soberana realidad que ha inspirado siempre la idea del progreso en todos los países del mundo.

Si al hombre colocado en las circunstancias que hemos mencionado, le exigimos que recuerde siempre y cumpla con sus deberes que como ciudadano y virtuoso le incumben.

¿Qué dirémos de la mujer?

¿No estará ella en el caso de emitir sus juicios y procurar la persuasión de los seres que la rodean para realizar un fin noble y sagrado?

¿Estará ella excluída de estos bellos atributos? No á fé..... la mujer también puede tener la facultad de la elocuencia; un criterio acertado, una inteligencia penetrante; y sobre todo, posee en alto grado, por regla general, una gran sensibilidad, ternura y delicadeza de sentimientos; una excitabilidad, nerviosa y expansiva, que para satisfacer sus naturales impulsos, necesita esparcirse difundiendo en los seres que la rodean, el amor al bien, al progreso y á la gloria!

Así, mis queridas compañeras, si os sentís inspiradas, si las circunstancias os colocan en el caso de persuadir por medio de la ternura y la razón á los seres á quienes amáis, y para quienes aspiráis la gloria de la inmortalidad, dedicaos al cultivo de este arte divino, saboread esas bellezas que la Literatura en todas sus fases nos presenta, y no dudéis que con vuestra encantadora influencia, desde el fondo de vuestro hogares, coadyuvaréis al adelanto moral de nuestra adorada México!

México, 22 de Junio de 1895.

FRANCISCA FERNÁNDEZ.

HISTORIA Y UTILIDAD DEL BARÓMETRO.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

SUBÍAN las notas sentidas y melancólicas del órgano entre nubes de incienso perfumado, é iban á perderse en las airo-sas bóvedas del templo.

Nos encontramos en la hermosa catedral de Pisa, ciudad muy bella situada á 16 kilómetros del mar, á orillas del río Arno que la atraviesa.

Es una mañana de primavera del año de 1582; celébrase solemne función en el templo; los fieles con la cabeza inclinada sobre el pecho levantan sus plegarias al Señor; brillan en el altar los ricos blandones á la luz de innumerables cirios y escúchase en el coro la voz de los cantantes.

Acababa de ser encendida una lámpara de bronce, obra maestra de Benvenuto Cellini, la cual suspendida de una cuerda, oscilaba con lentitud ante el altar.

Hallábase entre los feligreses un joven de diez y ocho años, estudiante de medicina, quien fijaba sus brillantes ojos en aquella lámpara hermosísima que se balanceaba en el espacio.

Aquel joven era Galileo, el gran filósofo italiano, quien distraído tal vez en sus oraciones místicas y con los ojos fijos en aquel metrónomo improvisado, se unió en voz baja á los cán-